



Los *bambini* de María Montessori

POR MARIO MONTESSORI

María Montessori, una de las más ilustres educadoras del mundo, inventó muchas de las técnicas aplicadas actualmente a la enseñanza de los párvulos. Mujer de espíritu científico y gran corazón, nunca olvidó que el niño es un individuo y un ser humano muy especial.

UNA MAÑANA, cuando yo era niño, desperté en nuestra casa en Roma al sentir que mi cama se movía y oír un sordo retumbo. No había hecho más que abrir los ojos cuando mi madre entró, serena y sonriente, y se sentó junto a mí.

—Mario —me dijo— ¿ves cómo

se mece el candelabro colgado del techo? —Repuse que sí—. ¿Sientes cómo tiembla el piso? —Asentí de nuevo. Entonces, mi madre abrió los brazos como para invitarme a descubrir una sorpresa maravillosa, y añadió:

—Mario, esto es un temblor de tierra.

Para María Montessori, hasta un terremoto era una oportunidad para despertar el espíritu de un niño. Creía firmemente que Dios había dotado al ser humano del impulso y la fuerza necesarios para realizar sus aspiraciones. Y al hallar el modo de liberar esa fuerza María Montessori dio al mundo un nuevo sistema para la educación, en la cual veía un jubiloso proceso de auto-descubrimiento y auto-realización.

Volviendo la vista al pasado, apenas puede creerse que María Montessori haya podido llevar a cabo tantas obras en el curso de una vida, ante todo como mujer de ciencia (fue antropólogo y la primera doctora en medicina que hubo en Italia) y luego como la inspirada educadora que fundó la corriente mundial de adiestramiento preescolar designada con su nombre. Mi máximo orgullo es el de haber participado en su labor. En cierta ocasión, en mi infancia, perdí a mi madre en medio de una muchedumbre. Al encontrarla de nuevo le dije: “No podrás ir jamás a sitio alguno donde no pueda seguirte”. Y efectivamente así fue. Durante 40 años la seguí por medio mundo, adondequiera que su misión la condujo, como su secretario, asistente y joven colega.

A diferencia de muchas de las austeras mujeres que a fines del siglo pasado abrazaban alguna profesión, mi madre se vestía con elegancia e irradiaba feminidad. Disfrutaba de la buena cocina, de la

amistad y la conversación inteligente. Sus penetrantes ojos castaños sabían resplandecer de gozo, pero también sabían observar con precisión.

En una ocasión le oí decir: “El secreto de la vida consiste en vivir en armonía con la realidad”. Tenía el don de juzgar objetivamente el mundo circundante, en sus términos concretos, sin que afectaran su visión sus propios deseos o esperanzas. Su curso para maestros empezaba con lecciones de observación. Decía a los alumnos:

“A ustedes los han preparado para que el niño les preste atención. Aquí serán ustedes quienes observen al niño”.

“Demasiado quehacer”. Cuando niña, mi madre era la alumna más atrasada de su escuela e incapaz de retener las lecciones. Pero de pronto, a la edad de diez años, María cambió. Al mismo tiempo que se intensificó su interés por la religión, cosa bastante normal en las niñas de esa edad, despertó en ella el sentimiento de que tenía una misión en la vida. La primera vez que sus padres lo observaron fue en cierta ocasión en que María cayó gravemente enferma de gripe. Los médicos les advirtieron que debían prepararse para lo peor, pero la niña consoló a su madre con estas palabras:

“No te preocupes, *mamma mia*, no moriré; tengo demasiado que hacer”.

A poco se convirtió en la primera de la clase. Sus padres le aconse-

jaron que estudiara para maestra, la única carrera abierta entonces a las mujeres. Pero ella se negó rotundamente: ¡había resuelto estudiar para ingeniero! A los 14 años asistía a una escuela técnica para varones. Al cabo de un año, optó por la biología, y por último decidió graduarse en medicina.

"Imponible", le dijo el profesor Guido Baccelli, decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Roma.

Pero en resumidas cuentas María logró que la admitieran, e ganó una beca y se ayudó a pagarse los estudios dando clases particulares. Su padre, que desaprobaba radicalmente tales proyectos, le retiró la palabra durante muchos años. Como era la única mujer en la escuela tuvo que soportar además mofas y dicerios. Pero obtuvo el título.

"Queridos idiotas". Así entró a formar parte del personal de la clínica siquiátrica de la Universidad, donde una de sus obligaciones consistía en visitar los manicomios de la ciudad y escoger sujetos para estudio. En aquellos tiempos, a los niños con taras se les clasificaba, y se les alojaba, entre los dementes. En un asilo *La Dottoressa* (como solía llamarse a María con frecuencia) vio un grupo de esos niños encerrados como prisioneros en una habitación desamueblada.

"Mire usted eso", decía la vigilante con repugnancia. "Cuando acaban de comer se echan al suelo como bestias, en busca de migajas".

Mi madre se puso a observarlos.

Lanzando gritos agudos e incoherentes los niños alargaban las manos en busca de pedacitos de pan que amasaban para darles diversas formas.

En un relámpago de intuición mi madre comprendió que lo que aquellos niños buscaban no era tanto el alimento como la experiencia de la realidad. ¡Lo que aquellas manecitas buscaban era entrar en contacto con el mundo! Alguna energía interna impulsaba a esos niños a cultivar el cuerpo, la inteligencia y la personalidad. En duda alguna en vez de aislarlos y constreñirlos había que liberarlos. Sin embargo ¿cómo establecer contacto con ellos?

El Dr. Baccelli, a la sazón ministro de Educación de Italia, invitó a María a que diera conferencias sobre la educación de los retrasados mentales. El público demostró tanto interés, que el doctor fundó una escuela oficial de prueba bajo la dirección de la doctora Montessori.

"Y bien", le dijo en son de broma el Dr. Baccelli, "¡al final sigue usted siendo mujer y profesora en un jardín de niños!"

"Mis queridos idiotas", escribía mi madre en su diario, refiriéndose a aquellos niños. De las ocho de la mañana a las siete de la noche, se pasaba los días enteros en compañía de aquellos pequeños seres, que la sociedad había desahuciado por considerarlos casos perdidos, observando, experimentando, "avivando la llamita de inteligencia que percibía en sus pupilas". Al cabo de

dos años de ímproba labor inscribió a sus discípulos en un examen ordinario de escuela pública. Sus "queridos idiotas" demostraron que, después de todo, no eran otros tantos caso perdidos. En realidad muchos de ellos pasaron las pruebas tan bien como un niño normal.

Cuando la noticia se hizo pública causó sensación, pero mi madre, con su rigurosa objetividad, advirtió que la verdadera significación de aquello estaba, no en el hecho de que los niños retrasados fuesen capaces de lograr tanto, sino en el de que los niños normales los aventajaran tan poco.

Visitando las escuelas públicas María Montessori descubrió que en ellas se hacía cuanto era posible para coartar la iniciativa del niño. Los escolares se veían constreñidos a sentarse en bancos tan cercanos al pupitre que debían doblar y retorcer el cuerpo para entrar en su lugar. Se supondría que una vez así atrapados, no les quedaría más remedio que atender al maestro. La cualidad más preciada era la capacidad de mantenerse quieto; el más leve movimiento se castigaba con severidad.

"Al parecer nuestro sentido de la moral radica en los fondillos de los pantalones", dijo mi madre a un grupo de educadores y funcionarios.

Casas de niños. Después de poner en marcha la escuela para niños retrasados, mi madre volvió a la universidad donde con el tiempo fue nombrada profesora de antro-

pología. Así trascurrieron siete años antes de que diera con lo que habría de ser la tarea de su vida. De resultados de un proyecto de viviendas llevado a cabo por particulares, se habían trasladado varios cientos de familias pobres de una sucia y atestada casa de vecindad a apartamentos más decorosos. Pero mientras los padres trabajaban y los niños mayores iban a la escuela, los menores de seis años quedaban abandonados. Se decidió abrir un jardín de niños y se ofreció su dirección a la doctora Montessori. Mi madre aceptó al instante: por fin se le presentaba la tan largamente anhelada oportunidad de poner a prueba sus ideas con niños normales.

Su *Casa dei bambini* (Casa de los niños) se abrió en el mal reputado arrabal de San Lorenzo.

"Son sesenta chiquillos lacrimosos y asustados, tan tímidos que es imposible hacerles hablar; niños tristes, abandonados, desnutridos, pálidos, que han crecido en oscuros cuchitriles sin nada que estimulara su inteligencia".

Así describía mi madre a sus alumnos el primer día que pasó a su lado.

En los dos años siguientes, los "pequeños vándalos", como los llamó un periodista, ayudarían a mi madre a cambiar radicalmente la educación. En vez de imponerles reglas arbitrarias y llenarles la cabeza de datos, buscó la forma de dar rienda suelta a su espíritu de independencia.

El primer paso consistió en liberar a los niños civilizándolos. Mi madre advirtió a los maestros:

“Enséñenles ustedes lo mucho que importa hacer, bien aun las tareas más insignificantes; luego, déjenlos en libertad de elegir su propia actividad y entregarse a ella todo el tiempo que quieran”.

Los niños educados por la Montessori aprendieron a sonarse las narices en silencio, a lavarse las manos, a atarse los zapatos, a limpiárselos, a sujetarse los cinturones y a trasvar agua o leche sin derramar una gota. “La autodisciplina y la capacidad para valerse por sí mismo”, escribía mi madre, “son manifestaciones externas de un sano funcionamiento interno”. El Dr. Sigmund Freud comentó alguna vez con admiración que los niños adiestrados en el espíritu de María Montessori seguramente serían malos clientes para los futuros psicoanalistas.

Nuevos utensilios. Reconociendo que el niño cultiva su inteligencia a través de los sentidos, mi madre perfeccionó diversos medios pedagógicos para que el discípulo adquiriese sus conocimientos vívidamente, por la experiencia directa con objetos tangibles. Manipulando idénticos trozos de madera pintados de colores diversos, el niño aprende a graduar los colores desde el matiz más claro hasta el más oscuro. Clasificando campanillas de igual apariencia pero de distintos tonos, descubre las notas musicales y las pone en relación con una es-

cala. (La mayoría de los actuales juguetes pedagógicos están inspirados en los medios inventados por mi madre hace más de medio siglo.)

“¡Ya sé escribir!” En opinión de mi madre, no es adelantar demasiado las cosas permitir que ya a los tres años el niño comience a adquirir la sensación de las letras valiéndose de caracteres recortados en papel de lija (uno de los muchos expedientes discurridos por ella). Cierta día un muchachito que dibujaba con un lápiz de color, escribió la palabra *mano*. Al instante se puso a gritar a voz en cuello: “¡Ya sé escribir! ¡Ya sé escribir!” Los compañeros y el profesor lo rodearon en el colmo de la sorpresa y el entusiasmo. Entonces, uno después de otro, alguno de los demás niños empezaron a escribir también, al tiempo que exclamaban: “¡También yo! ¡También yo!” Y nadie se lo había enseñado. Mi madre se había limitado a dejar que los niños trabajaran en un medio ambiente especialmente preparado, donde pudieran hacer sus propios descubrimientos y formar sus conceptos a través de una experiencia concreta.

En la *Casa dei bambini* los niños aprendían a escribir cuatro o cinco meses antes de que aprendieran a leer. Un día, al encontrarse con un grupo de niños que empezaban a trazar sus primeras letras, escribió mi madre en el pizarrón: “Si podéis leer esto, venid a darme un beso”. Varios días trascurrieron sin que sucediera nada.

“Imaginaban que yo escribía en el pizarrón para divertirme, como hacían ellos”, contaba mi madre. “Pero el cuarto día una niña pequeña se levantó y se me acercó. *Eccomi* (aquí estoy), me dijo, y me dio un beso”.

A la edad de cuatro o cinco años casi todos los niños de la *Casa dei bambini* sabían ya leer y escribir.

La escuela reveló algo más: no es el temor del castigo o la esperanza de un premio lo que impulsa a un niño, sino la simple satisfacción del trabajo mismo. Se dejaba a los niños en libertad para ejecutar lo que de ellos mismos nacía, y su máxima recompensa consistía en pasar a la etapa sucesiva.

Avanza la guerra. En los años siguientes a la aparición del primer libro de mi madre sobre educación, *El método Montessori*, publicado en 1912, muchas escuelas de Europa y de América adoptaron sus principios para la enseñanza de los niños. Posteriormente, con el ascenso del totalitarismo, estos principios empezaron a ser blanco de ataques. En Austria y Alemania los nazis quemaron a mi madre en efigie, en piras formadas con sus propios textos. Mussolini trató de explotar la fama de mi madre, pero como esta se negara a servirle en sus fines de propaganda, se volvió contra ella, y el gobierno mandó clausurar las escuelas e institutos que María Montessori había fundado.

“Mario”, me dijo, “debemos darnos cuenta de que este era el único medio que Dios tenía para hacer-

nos comprender que ya hicimos lo suficiente” aquí y que nos necesita en alguna otra parte”.

Y así, a los 64 años de edad, mi madre salió de Italia y se estableció en Barcelona.

Al estallar la guerra civil española, yo me encontraba en Londres, y mi madre se hallaba en nuestra casa de Barcelona, sin más compañía que tres de mis hijos. Camiones cargados de milicianos republicanos recorrían las calles arrestando a cuanto sospechoso de franquismo encontraban. La hostilidad anticatólica era muy intensa y si, además, uno era italiano, el peligro aumentaba.

Un camión se paró a nuestra puerta. Los milicianos armados que lo ocupaban miraban fijamente nuestra casa. Mi primogénito me contó después que mi madre volvió la espalda a la ventana y reunió a los niños:

“Tarde o temprano”, les dijo con la misma voz tranquila con que me había explicado el terremoto, “todos los humanos tenemos que morir. Algunos mueren antes que otros. Ahora, vamos a rezar y pidamos a Dios que nos guíe hacia donde tengamos que ir”.

Luego se oyó el ruido de un camión que arrancaba. Mi hijo bajó las escaleras y asomó cautelosamente la cabeza por la puerta principal. Los milicianos se habían ido, pero habían dejado escrito lo siguiente con pintura roja: “Respetad esta casa; pertenece a una amiga de los niños”. Y como firma se veía el

emblema comunista de la hoz y el martillo.

En un país tras otro, la guerra cerró las escuelas Montessori. Habiendo escapado de España en un cañonero británico, mi madre se instaló en Amsterdam. Allí la llamaron de la India, adonde nos trasladamos para ayudar en la capacitación de maestros. Estábamos en ese país cuando Italia entró en la guerra, y aunque nos internaron en calidad de "extranjeros enemigos", mi madre siguió enseñando.

Llamamiento del África. Terminada la guerra, mi madre, que pasaba ya de los 70, volvió a Europa. Una vez más sus ideas circulaban universalmente y volvían a florecer por todas partes las escuelas Montessori y los centros Montessori de adiestramiento. Mi madre pasaba gran parte del tiempo leyendo y escribiendo en la casa que nuestra familia ocupaba junto al mar, en Noordwijk aan Zee, la zona de Holanda donde se cultivan los tulipanes.

Un día del mes de mayo, en el apogeo de la temporada de los tulipanes, almorzaba yo con mi madre ante una ventana que dominaba un paisaje de flores y mar. Le refería que había tenido una conversación con un funcionario de Ghana, país que pronto obtendría su independencia y se hallaba en apremiante

necesidad de escuelas. El funcionario ghanés quería que mi madre y yo ayudásemos a capacitar a los maestros.

"Si hay niños necesitados de ayuda, son precisamente esos pobres niños del África", dijo mi madre. "Por supuesto que iremos".

Le recordé el calor que allá impera; las condiciones primitivas de vida. Después de todo, mi madre tenía 81 años.

—¡Así que no quieres que vaya! —me reprochó dulcemente—. Pues te advierto que un día u otro levantaré el vuelo y te dejaré aquí.

—No podrás ir jamás a sitio alguno donde no pueda seguirte —le repliqué, repitiendo la jactanciosa frase que le había dicho, tanto tiempo atrás.

Salí de la habitación para buscar en el atlas el mapa de África. Al volver hallé a mi madre sin vida. No cabe duda de que hubiera ido a Ghana, como a cualquier otro lugar donde los niños la necesitaran.